

CONDECORACION A LA VIRGEN DE COROMOTO ¿POR QUE?

La condecoración de la imagen de la Virgen de Coromoto con el Gran Collar de la Orden del Libertador por parte del Presidente de la República ha estado acompañada de un extraño silencio, de un estupor propio de la buena fe sorprendida y de un cuchicheo de indignación reprimida. Esto es el colmo!, dice en voz baja la gente creyente y no creyente de todos los colores. Pero, como en las autocracias más férreas, el murmullo no llega a ser opinión pública salvo en las rasgadas y valientes declaraciones de un obispo desbordado de indignación cristiana y algún discreto comentario periodístico. Como ocurre en los regímenes dictatoriales sólo la caricatura (Zapata en El Nacional y el caricaturista de El Mundo) hace su burla, impotente frente al hecho consumado desde el poder.

¿Por qué? ¿Por qué en una Venezuela donde hay amplia libertad de prensa para comentar el caso Carmona de hecho no hay libertad psicológica, sobre todo en los cristianos, para escribir sobre esto: ¿Por qué el presumible desacuerdo de la mayoría de los obispos, incluso de los que asistieron al acto, no ha tenido expresión? ¿Por qué la voz unánime de repulsa que hemos escuchado en los cristianos de las más diversas tendencias no se ha expresado públicamente? ¿Por qué la Jerarquía Católica e incluso la razón sensata de políticos del propio gobierno no impidieron este acto que no ayuda ni a la Iglesia, ni al Estado ni a las discretas (por lo menos discretas) realaciones de mutua libertad que han de tener ambos?

En este cúmulo de preguntas que nos han venido a la mente o que nos han planteado diversas personas, también nos interrogamos insistentemente ¿cuáles han podido ser las razones que se aducen para justificar el acto? Sinceramente las hemos buscado en la prensa, en algún programa de radio, en conversaciones. Y no hemos encontrado ninguna razón evangélica, ninguna razón de fe, ninguna convincente fundamentación basada en el amor a María. Ni siquiera de parte de los que promovieron el acto con sinceridad y convicción cristiana —de las que no dudamos— y que tal vez fueron el origen de la iniciativa.

Las razones políticas estaban claras y así lo ha entendido toda Venezuela. En la vorágine de inauguraciones precipitadas y de giras electorales, la indiscutible audacia presidencial trató de poner de su parte a la Virgen de Coromoto. No hablamos de intenciones (que hasta pueden ser inocentes), sino de significados objetivos de un gesto político. E independientemente de lo que pretendiera el mismo Presidente, la condecoración fue un absurdo religioso impuesto por una razón de estado, de conveniencia política. El acto del gobierno no tuvo nada que ver con un espontáneo acto de los devotos peregrinos que ofrecen a la Virgen un hermoso ramo de flores o una corona silvestre tejida en el camino. Los políticos-devotos o no— fueron allá como podían haber ido a una corrida de toros para atraerse la simpatía del público elector. Y lo hicieron sin excusa aparente: no se trataba del aniversario, ni del centenario. Simplemente estábamos en vísperas de elecciones.

Ahora bien ¿por qué asistió un buen grupo de obispos? Una primera respuesta parecería obvia y la hemos escuchado. Por hacerle el juego al interés electoral. Sin embargo esta razón nos parece falsa. Conocemos suficientemente a la mayoría de los allí presentes para poder afirmar que su presencia de ninguna manera se debía a intereses partidistas. De esto no tenemos la menor duda. ¿Por qué entonces? ¿Sería alguna razón religiosa sólida y profundamente sentida por ellos que les hizo correr el peligro politiquero a fin de conseguir ese bien mayor? Tenemos razones para pensar que no. Creemos que ninguno estuvo entusiasmado, que casi todos estuvieron por compromiso y que otros se callaron por discreción. Incluso el poco relieve que quisieron dar a su presencia, el nulo uso que hicieron del acto en las reflexiones en los templos, en el diario La Religión, en las reuniones del clero, en artículos y declaraciones de prensa, prueban que no fue el entusiasmo lo que prevaleció entre los obispos. La Iglesia ha protestado sordamente, casi sólo en el interior de los corazones, o lo ha vivido como un compromiso impuesto que hay que dejarlo pasar por debajo de la mesa. ¿Alarmante esta actitud? Tal vez, pero creemos que real.

También se puede preguntar por qué accedieron al compromiso. Seguramente, unos por ingenuidad inicial tardíamente desvelada y por predisposición peligrosa a recibir con agrado todo lo que venga del Estado para "honrar" a la Iglesia y "honrar" a la Virgen. Otros por solidaridad entre el clero, por no dejar solos a los primeros comprometidos, por no hacer un feo, por agradecimiento al Presidente... El hecho es que de parte de la Jerarquía faltó un discreto y respetuoso pero firme no que

impidiera este acto político que, a nuestro juicio, poco tiene que ver con la verdadera devoción a María y tampoco con la independencia y mutua libertad que todos deseamos entre la Iglesia y el Estado para que cada uno cumpla con su misión. Si hubiera precedido una amplia consulta a los cristianos y una discusión en la Conferencia Episcopal no dudamos que la condecoración hubiera sido evitada.

Esta especie de tendencia en algunos a considerar el acto de Guanare como mal menor o como algo que en último término y a pesar de todo es positivo porque da prestigio a la Iglesia honrada por los gobernantes puede tener dos elementos de fondo.

El primero es el peso enorme que tuvo y tiene todavía en sectores determinantes de la Iglesia venezolana su deseo de llegar a las buenas relaciones con el Estado y hasta una nueva alianza con él. En este deseo puede pesar una cierta teología preconiliar que ponía el acento en la Iglesia-Estado que mantiene relaciones diplomáticas con el Estado civil y más aún en la teología de las dos sociedades perfectas una dedicada a las cosas materiales y otra a las espirituales y cuyas autoridades deben apoyarse mutuamente. Es claro que la Iglesia "pueblo de Dios", formada por comunidades que viven en las diversas sociedades civiles y bajo diversos Estados tal como era originariamente y como ha sido recuperada por el Concilio, poco tiene que ver con lo anterior.

Pero más que en razones teóricas es en el terrible trauma sufrido por la Iglesia venezolana el siglo XIX y sobre todo bajo el autócrata Guzmán Blanco donde debemos buscar una explicación. A partir de entonces el afán de lograr las buenas relaciones con el Estado, su reconocimiento y su apoyo se convirtieron en una meta determinante de la Iglesia venezolana. En el orden jurídico esto se logró en 1964 con el "Modus Vivendi" que acertadamente superaba el absurdo régimen de Patronato. Pero más allá, en el orden cotidiano nos ha condicionado, tal vez demasiado, hasta llevarnos a valorar tanto las relaciones con el Estado que a veces llegamos a olvidarnos de las exigencias evangélicas que las pueden contradecir. Se opacan entonces aquellas palabras del Concilio en su mensaje final a la Humanidad. ¿Qué pide en él la Iglesia a los gobernantes? No honores, no privilegios, no condecoraciones. "No les pide más que libertad: la libertad de creer y de predicar la fe; la libertad de amar a su Dios y servirle; la libertad de vivir y de llevar a los hombres su mensaje de vida".

La sobrevaloración de la alianza con el Estado, explicable por lo que la Iglesia sufrió en otros tiempos por las malas relaciones con éste, y temible por la tentación de poder que siempre entraña, se vuelve más peligrosa en un momento en que algunos gobernantes consideran que la Iglesia puede ser un excelente instrumento del Estado y en momentos en que la Iglesia universal y en especial en América Latina considera que su lugar está en identificarse con las aspiraciones liberadoras de los pueblos y las luchas de los pobres y no con los estados y regímenes que en la mayoría de los casos oprimen a esos pueblos.

Es muy posible que también de parte de los gobernantes de AD hubiera en estos años y en el acto de Guanare un comprensible deseo de demostrar —después de las mutuas relaciones hostiles en el trienio 1945-1948— que ellos no se oponen a la religión y a la Iglesia. Pero la verdad que a veces —y en este caso concreto— se les pasa la mano con daño objetivo de AD, del Estado y de la Iglesia.

La Iglesia no debe vender su libertad por un plato de lentejas, ni siquiera por una dorada condecoración de la Virgen. María de Nazaret hoy más que nunca habla al corazón de los oprimidos del mundo en su oración cristiana al Dios que "derribó a los poderosos de sus tronos y elevó a los humildes. Llenó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías." (Evangelio de San Lucas 1,52-53)

Junto con la sobrevaloración de este aspecto, puede haber una infravaloración y un infradesarrollo de la opinión y el sentir de los creyentes que hasta donde hemos podido percibir están francamente chocados. Ninguna excusa nos libra a los cristianos seglares y clérigos del vergonzoso silencio y de la falta de discusión adulta que debe ser propia de la comunidad cristiana. Ha habido un silencio que en el régimen de libertad actual nos debiera avergonzar al leer las palabras firmes que hacen historia de aquel cristiano entero, Mario Briceño Iragorry en su carta desde el destierro en 1956 al agustino P. Angel Sáez: "Hoy, algunos Obispos hacen el juego a una falsa teoría que intenta presentar al régimen como un apostolado anticomunista, y vergonzosamente se han prestado los Obispos a llevar a Caracas las imágenes sagradas de la Coromoto y de la Virgen del Valle, para dar mayor realce a la comedia patrioterica de la llamada Semana de la Patria". (Mario Briceño Iragorry "Diálogos de la Soleidad", pag. 173. Carta al P. Angel Sáez desde Madrid en agosto de 1956)

Hemos querido hacer estas reflexiones en un editorial que saldrá después de las elecciones para que no tenga ningún sabor politiquero. Lo hacemos con esperanza de que este incidente lamentable pero tal vez no tan grave nos ayude a reflexionar para que en momentos más graves podamos percibir mejor lo que el Evangelio de Cristo y el sentido cristiano de nuestro pueblo piden de quienes estamos llamados a servirlos. Lo hacemos con temor de herir, pero también con la esperanza de que las divergencias presentadas entre los mismos obispos y los desacuerdos en torno a este hecho nos ayuden a avanzar hacia la unidad más real a través de las contradicciones. En nombre nuestro y el de otros muchos agradecemos a Monseñor Parra León su valiente denuncia que recogemos en otras páginas de este mismo número. □